

XI PREMIO DE NOVELA ROMÁNTICA TERCIOPELO

**COCO DUVAL**

**# sexy**

**# yogi**

**# sándwich**

TERCIOPELO



## Rocaeditorial

#SEXY #YOGI #SÁNDWICH

Coco Duval

#SEXY #YOGI #SÁNDWICH

Coco Duval

¿Qué pasaría si un día un hombre alto, rico, famoso, atractivo y sexy, muy sexy, entrase en tu vida?

Me llamo Johanna Mayer, tengo treinta y seis años y estoy entre dos hombres, literalmente. Os preguntaréis cómo llega una mujer felizmente casada y con una hija preciosa a complicarse la vida de esta manera. Buena pregunta. Os diré que no era en absoluto mi intención. Bruno y yo nos queremos. Todavía se me eriza la piel cuando me mira y es mi mejor amigo. Pero todo cambió cuando llegó Alexander, Alexander Lindbergh, y cuando Jurgen, mi amigo de la infancia, desapareció de la faz de la tierra sin dejar rastro alguno.

Desde entonces, todo se ha vuelto oscuro y confuso.

## ACERCA DE LA AUTORA

**Coco Duval** nació en Barcelona. A los dieciocho años se fue a Los Ángeles, California, a cursar estudios de cinematografía. De nuevo en casa, se matriculó en la primera escuela de guionistas. Se ha dedicado, junto a su pareja, a la fotografía

de moda y de publicidad en el estudio que fundaron. Cuando nació su hija, decidieron abrir una tienda con un jardín donde pudieran verla crecer y dedicarle tiempo. Hoy encara una nueva etapa. Las vocaciones siempre nos encuentran y la suya es escribir.

## ACERCA DE LA OBRA

Novela ganadora del XI Premio de Novela Romántica Ter-ciopelo.

A mi alma gemela y a ese otro pedacito de mí

«I always hope they play Creep.»

Anónimo

Contenido

[Portadilla](#)

[Acerca de la autora](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Nota del autor](#)

[Prólogo](#)

[1. Paradise de Sade Adu](#)

[2. Big Jet Plane](#)

[3. This mess we're in de PJ Harvey](#)

[4. Cóctel sorpresa](#)

[5. Es buena gente](#)

[6. Sándwich](#)

[7. Lindbergh Special](#)

[8. Lobos](#)

[Life in a sandwich](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

Nota del autor

Este libro es una novela de ficción que toma prestada con respeto y admiración la figura del célebre pionero de la aviación Charles Lindbergh. La mayoría de las cosas que se cuentan sobre Lindbergh se pueden encontrar en sus biografías. Su relación con el personaje de la novela es ficticia.

Prólogo

### ***Septiembre de 2016, Paso Stelvio, Alpes italianos***

Toda una familia ha sido borrada del mapa en cuestión de segundos, ninguno de los nueve miembros se ha salvado, esfumados de la faz de la tierra para siempre, sin más.

Viajaban en una autocaravana de dimensiones exageradas, el abuelo al volante.

Regresaban a Zúrich después de unas breves vacaciones por el norte de Italia.

El abuelo dijo que serían probablemente las últimas vacaciones todos juntos, nietos incluidos; y así ha sido, pero pa-

ra siempre. Para los gemelos de dieciocho meses, para la pequeña de tres años y los dos matrimonios jóvenes.

El Paso Stelvio que cruza los Alpes italianos en dirección a los suizos es una de las carreteras de montaña más peligrosas de Europa, casi siempre hay niebla, hoy también.

Una autocaravana con capacidad para tanta gente es como un camión por fuera y como

un apartamento por dentro. Dadas las dimensiones, resulta muy difícil hacer una maniobra de emergencia. Por ello, y aunque los Berenguer, suizos todos excepto el abuelo, iban suficientemente despacio dada la peligrosidad del camino, nada han podido hacer ante la aparición de un motorista suicida. Se les ha echado encima invadiendo su carril; Liz ha gritado y Pablo, el señor Berenguer, ha dado un volantazo. Eso ha sido todo, han caído por el precipicio.

El motorista ha parado, se ha acercado al borde de la carretera con cuidado de no ser visto, se ha quitado el guante derecho y rápidamente ha sacado el móvil de su mono negro.

A continuación, lo ha introducido parcialmente dentro de su casco integral y ha dicho:

— *Alle tot!*

Es decir, ¡todos muertos!

Ha vuelto con su moto a la carretera y ha desaparecido entre la niebla.

1

*Paradise de Sade Adu*

***Barcelona, mediados de octubre de 2016***

— C olocad el cuerpo boca arriba y cerrad los ojos, separad ligeramente las piernas y los brazos del cuerpo; las palmas de las manos miran hacia arriba y las piernas y los pies caen un poquito hacia los lados.

Estoy en mi clase de yoga; este es el mejor momento, el savásana, la relajación final.

Respiro en compases de ocho al inhalar, de ocho al exhalar, y concentro mi atención en los puntos que nos marca con su voz nuestra guía, para relajar primero los pies, luego los tobillos, las piernas, las ingles, los órganos sexuales (esta parte es de cosecha propia...), el tronco, hasta llegar a los párpados y la frente, nos quedamos en silencio, profundamente relajados.

Luego ya tengo prisa por cantar mi Om, una ducha rápida y prácticamente a la carrera

para abrir la escuela de arte. Hoy me toca a mí; Bruno ha llevado a Maya al colegio.

Cuando llego al jardín y abro la verja el gato me está esperando y se me enreda entre las piernas maullando. *Pío* es el gato de la escuela, y de todo el barrio, porque entra y sale a su antojo, desafiando a los perros, a los coches y a cualquier cosa que se interponga entre él y las chucherías que le dan los vecinos.

Cruzo el jardín y me acerco al invernadero de Bruno; me ha dicho que desconecte el riego automático y que sobre todo no toque nada. Según él, soy una homicida botánica desde que confundí unas vitaminas con otro producto algo más fuerte hace unos años. Fue una masacre.

Aún tengo un rato antes de que lleguen los profesores. Primero, necesito conectar la corriente en el edificio de la escuela y en una hora ya estará aquí Lola, la secretaria. Cruzo de nuevo el jardín hasta el otro edificio donde Bruno tiene el invernadero, la cocina casi industrial donde desarrolla su blog y también su despacho, donde además, muchos días, hacemos la siesta después de comer. Estos tres espacios son el reino de Bruno. Sería imposible mantener toda esta infraestructura si no hubiese heredado las dos naves en medio del barrio de Sarrià, que un día fue la fábrica de pan de su abuela.

Entro en el despacho de Bruno y enciendo la Nespresso; busco el cigarrillo electrónico en el bolso y me estiro en penumbra en una de las *chaise-longue* a tomar mi *ristretto*, el segundo de la mañana, mientras fumo Irish Cloud, el líquido sin nicotina que, en teoría, sabe a café irlandés. A mí me sabe a vainilla, pero al menos parece que estamos a un paso

de dejar de fumar.

Oigo como entra un correo en mi iPad; tengo un sonido submarino de aviso que casi no

se oye, pero yo los oigo siempre aunque haya ruido alrededor. Saco el iPad del bolso y a la vez la carta en alemán que recibí hace unos días. La abro y la vuelvo a mirar; parece de una notaría o de un despacho de abogados. Es un texto corto en el que apenas reconozco alguna palabra aunque sí un nombre, el de mi padrino Pablo Berenguer, a quien no he visto desde que tenía cinco años, excepto en el entierro de mi padre hará unos seis años.

Escribo un correo corto a Hans para que me ayude a traducir la carta e intento quedar con él a alguna hora esa misma tarde.

Reviso mi correo y decido dejar todos los demás para más tarde. En el *spam* hay uno en inglés que no reconozco, de un tal Alexander Lindbergh y dice lo siguiente:

Dear Mrs. Mayer,

I am profoundly sorry for your loss. Please contact me for a personal meeting. As your partner, I would like to provide advisement and guidance through all the legal procedure we now face.

P.S. My personal cell number – 600 600 600

Sincerelly yours,

Alexander Lindbergh

Lindbergh Hotel Group

Lo vuelvo a leer y pienso que seguro que ha pagado por tener un número de móvil con

esa numeración y no sé a qué pérdida se refiere, porque a mí no se me ha muerto nadie, aunque empiezo a intuir que quizás se refiere a mi padrino y que tenga algo que ver con la carta en alemán. Respecto a ser mi socio, a ayudarme y guiarme, ¿quién coño es este tío?

Decido llamarlo. Cojo el teléfono fijo y marco.

— *Lindbergh speaking.*

—Señor Lindbergh, soy Johanna Mayer.

—¡Oh, sí! Señorita Mayer, gracias por llamar tan... mmm... *fast.*



Habla un español lento que al teléfono se entiende poco. Le corto.

—Señor Lindbergh, no entiendo nada. ¿Qué quiere usted?

—Tengo *business* que solucionar con *you* porque Mr. Berenguer es muerto.

Ahora ha sonado exasperado y tajante.

—¿El señor Pablo Berenguer?

— Yes. Él fue mi *partner*, mi socio, ahora *it's you*. Podemos vernos y yo explico.

—Mmm, sí, supongo, ¿dónde está?

—En mi hotel *at noon*, envió *e-mail*. Gracias por llamar.

Cuelga.

Será capullo. Respiro profundamente, molesta. Un recuerdo de mi abuela y su incapacidad para despedirse al teléfono se me cruza y me hace gracia.

Bruno ha llegado. Se acerca y me besa en la mejilla.

—Hola, Peque, ¿cuántos cafés llevas?

—Solo uno.

—Voy a hacer zumo, Óscar me ha traído unas naranjas bestiales.

—Sí. Oye, ¿recuerdas la carta en alemán?

—Sí

—Pues un tío, un tal Lindbergh, me ha escrito esto.

Le paso el iPad. Ping, entra otro correo y Bruno lo lee.

Parece que habéis quedado.

—Lo he llamado hace un momento. Berenguer ha muerto. Tengo que llamar a mi madre.

—No te puedo acompañar, hoy tengo un día movido. Hay un escape en Bonanova, van

en canoa por el piso.

—¡Joder! Vale, no te preocupes. ¿Has llamado al Ruso?

—Sí, ahora viene. ¿Tienes algo para él?

—No, todo parece funcionar esta semana.

—¿Nos vemos para comer? Hoy hay *happy hour* —me dice con su mejor expresión sexy y burlona. Me abraza.

—Bueno, bueno, ya veremos... —respondo, y le beso en el cuello.

—Creo que iré a cambiarme.

—Estás bien así.

—No, creo que iré más cómoda si me arreglo un poco. Ese tío, Lindbergh, bueno no sé...

Me besa en la frente y nos separamos.

Dos horas más tarde llego al hotel Lindbergh en el paseo de Gracia; es tan nuevo que ni siquiera había oído hablar de él. Del edificio sí, claro. Se halla en el número dieciséis. Es un edificio emblemático con aire neoyorquino, uno de mis favoritos.

Entro en el vestíbulo; es espectacular, inmenso, con un marcado aire retro, mucho *art déco* pero contemporáneo a la vez, impresionante. Me parece haber entrado en una película de los años cuarenta y hasta la recepcionista parece *vintage*, muy maquillada, con un traje sastre, el cabello recogido y tocada con un sombrerito.

—Por favor, coja el ascensor hasta el ático. El señor Lindbergh la espera hace rato.

Indíquele al ascensorista que la esperan.

Vale, llego tarde y el pastoso este está enfadado. La verdad es que nunca llevo reloj ni móvil, así que no sé muy bien si son diez minutos o media hora...

Sigo la indicación y espero frente al ascensor que es moderno. Tiene un indicador, como si fuera una aguja de reloj, que va marcando en qué piso está en cada momento, muy *old fashion*. El ascensor se abre y un tipo disfrazado de ascensorista de los años cuarenta me hace un gesto con la cabeza. Me dice que el señor Lindbergh me espera. Joder, lo sabe todo el mundo ¿o qué? Entonces me doy cuenta, lleva un pinganillo en la oreja.

Ignorándolo me doy un vistazo en el espejo, también antiguo; me he puesto una camisa

de seda blanca con encaje (eso le va a gustar al tal Lindbergh), llevo vaqueros pitillo y unas botas mexicanas bajas. *Un peu rock, un peu chic aussi*. Me queda bien.

Se abren las puertas directamente en el apartamento y... ¡Oooh! ¡Dios! Este podría ser

el apartamento del gran Gatsby. Es inmenso, a dos niveles, también retro; los ventanales tipo *loft* me transportan a la

ciudad de Nueva York o a Gotham. Es completamente irreal y, además, no hay nadie.

No sé qué hacer, ¿me pongo a gritar «Yujuuu, he llegaaaado» con voz dulce? No, mejor

no. Me fijo en una foto enorme de un aviador de los años veinte, muy guapo. Me quedo

absorta mientras mi cerebro procesa y entonces caigo en la cuenta: es Charles Lindbergh, el famoso aviador, el primero en cruzar el Atlántico. Quizá sea su abuelo.

Aquí no hay nadie, esto no tiene sentido. Miro a mi alrededor y veo una única puerta

entreabierta junto al ascensor. Me acerco y meto la cabeza. Ahí está el tal Lindbergh, sentado en penumbra en lo que parece su despacho, con la cabeza apoyada en las manos.

No le veo la cara y me acerco un poco más.

—Señor Lindbergh, soy Johanna.

Sin levantar la cabeza me hace un gesto con la mano como diciendo un momento y, luego, algo parecido a un siéntate.

Me siento dejando el casco en el suelo y contengo la respiración. Solo hay una pequeña

lámpara de mesa encendida y orientada hacia la pared.

Parece bastante joven. Empiezo a ponerme nerviosa.

—Mr. Berenguer y yo tenemos contrato de hotel *before the accident*, tú ser *beneficiary of the will*, del testamento.

—Pero ¿y su familia, sus hijos, Liz?

—Todos muertos en *accident*. Nueve *people*.

Dice todo esto con la cabeza entre las manos. Todos muertos, no puede ser.

—Señor Lindbergh, ¿tiene jaqueca? ¿Se encuentra bien?

— *It's migraine* —responde en un susurro grave y sexy a la vez.

Voy a decirle que tengo analgésicos, pero el tío levanta la cabeza y me mira a los ojos completamente ausente.

Se me congela el alma.

Vale, esto es un caso de ABV (auténtica belleza verdadera) o mejor un BVCI (belleza

verdadera con carácter e inteligencia).

Cuando era *booker* en la agencia de modelos Elite tenía más de veinte categorías estúpidas de este tipo para clasificar a los modelos hasta llegar a CJR (cabeza jaula recauchutada); era como un código, aunque a veces era práctico.

Pero lo que más me impacta de él es su androginia, sus facciones son tan perfectas que podría ser una mujer algo masculina.

Se supone que la experiencia me hace inmune a este tipo de personas, pero no sé, no sé.

Lo que tengo delante es un espécimen fuera de lo común; siento mariposas en el estómago.

¿O quizá sea un poco más abajo?

Lindbergh cierra los ojos y puedo sentir su dolor. Los vuelve a abrir todavía sin verme y dice:

— *I believe you have me under a microscope.* [Me tiene usted bajo el microscopio].

— *I'm sorry.*

Tiene razón, me he quedado congelada mirándolo un buen rato. Lindbergh vuelve a cerrar los ojos y aprieta los dientes.

Definitivamente, es una mezcla entre Clark Kent y el Dorian Grey de mi imaginación.

Es Dorian Kent...

—Disculpe, mmm, ¿siente como fogonazos de luz blanca frente a sus ojos?

— *What?*

— *Flashing white lights in front of your eyes?*

— *Eh, yees.*

—Puedo intentar un truco. Mi padre tenía migrañas y solía ayudarle.

— *You could do voodoo to me at this moment, I don't care.* [En estos momentos podría hacerme vudú si quiere, no me importa].

Sí que te haría vudú, sí, y alguna cosita más.

Me levanto y me sitúo detrás de él y aspiro un tenue olor a lavanda. Mmm, huele bien.

Una brisa apenas perceptible me recorre la espalda, tras las cortinas hay como una puerta que da a un balcón o una terraza.

Como lleva el pelo engominado peinado hacia atrás solo tengo que colocar mis manos

alrededor de su frente para calcular la dimensión de su cráneo, luego pongo tres dedos sobre cada uno de sus párpados.

—Estás *sigurrra*? *I'm terrified...*

Mmm... Esa voz me ronronea por dentro, está bromeando. Me froto las manos

enérgicamente para calentarlas, las vuelvo a colocar sobre sus ojos y le digo al oído:

—No se preocupe, señor Lindbergh, solo voy a estrujarle las ideas un poquito.

—¡Haz lo que debas!

Dice «hazzz» con su fuerte acento americano. Las mariposas que sentía antes, son ahora colibríes revoloteando por ahí abajo. ¿Qué estoy haciendo?

Y como de costumbre, mi cabeza radio se enciende y me pone la banda sonora. Ahora,

me suena dentro *What am I doing?*, de Michael Landau, canción que, por otro lado, ni siquiera me gusta.

— *Ready?* —le pregunto y, sin esperar respuesta, aprieto los dedos sobre sus párpados y le hundo los ojos en las cuencas todo lo fuerte que puedo. Igual se levanta y me da una hostia..., pero de momento no se mueve.